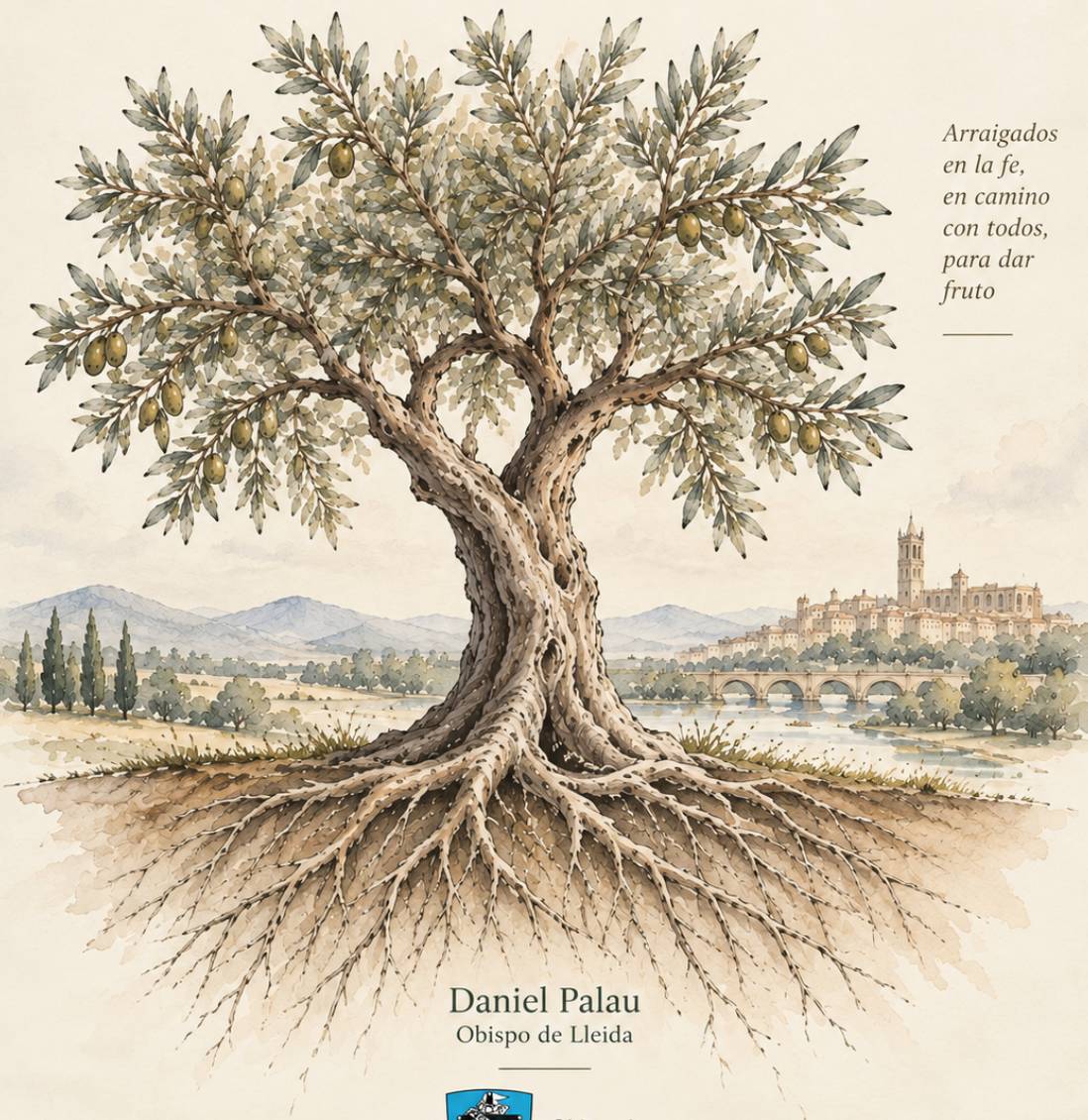


EL ACOMPAÑAMIENTO COMO CAMINO

Plan pastoral de la Diócesis de Lleida

*Arraigados
en la fe,
en camino
con todos,
para dar
fruto*



Daniel Palau
Obispo de Lleida



Obispado
de Lleida

EL ACOMPAÑAMIENTO COMO CAMINO

La tierra

1. Estimados diocesanos, os escribo estas líneas, de una manera sencilla y confiada, para ofreceros los grandes rasgos de nuestro próximo plan pastoral. Este texto es un punto de llegada y un punto de partida.

No hemos alcanzado esta meta de manera fortuita, sino después de un trabajo que considero que ha estado muy bien hecho. Hemos intuitido y elaborado este plan pastoral conjuntamente, de manera sinodal, a lo largo del curso que hemos compartido. Nos hemos escuchado, hemos rezado y hemos debatido, en diferentes ámbitos diocesanos, diversas propuestas, pensamientos y opiniones. Somos diferentes y eso es una riqueza. Somos quienes somos y somos como somos, y eso también nos hace tomar conciencia de nuestra pequeñez, pero, al mismo tiempo, de la grandeza a la que Dios nos llama. El don de la comunión que Dios quiere regalarnos es el tesoro más preciado que encontramos a menudo inesperadamente y, llenos de alegría, lo vendemos todo para comprar aquel campo (cf. Mt 13,44). El Señor quiere ofrecer a nuestra Iglesia de Lleida el don de una comunión verdadera, real y cierta.

Todos estamos llamados a descubrirlo, a cuidarlo y a ofrecerlo con humildad y convicción, porque la comunión no es el resultado de una estrategia, sino que es —repito— un regalo de Dios, ante el cual tendremos que disponernos a hacer todo aquello que esté en nuestras manos, sabiendo que todo proviene de Dios. Su gracia nos asiste y nos impulsa al mismo tiempo.

2. A lo largo de la vida necesitamos entender qué es lo que Dios quiere de nosotros y, al mismo tiempo, tratar de responder de la manera más honesta posible. Reunidos en asamblea diocesana el último sábado del mes de mayo, y recogiendo el trabajo precedente de la asamblea de mayo de 2025 en la Casa de la Iglesia, que fue debidamente destilado mediante un trabajo minucioso en el Consejo Pastoral Diocesano, pudimos elaborar un documento previo de trabajo —distribuido por todas las parroquias— que nos permitía escuchar de nuevo la pregunta que Dios nos dirige: «Señor, ¿qué pides a la Iglesia diocesana de Lleida?».

El Consejo Pastoral Diocesano es un órgano de consulta y discernimiento necesario. La metodología aplicada ha sido fruto de la experiencia, pero también del aprendizaje que íbamos adquiriendo en cada reunión. Los modelos son importantes, pero la experiencia también. A veces oscilábamos en un equilibrio nada fácil para nadie entre la dimensión más teórica y el ámbito más resolutivo. De hecho, la pastoral necesita la teología, y esta sueña con encontrar un camino de sentido y esperanza para todos los fieles. La pastoral necesita llegar a síntesis a partir de las cuales poder detectar y concretar opciones evangelizadoras creíbles y verificables. La pastoral y, por tanto, los planes de pastoral son tan importantes como el camino que los ha precedido, así como los equilibrios requeridos con la vivencia de la fe. Mantenernos fieles a una metodología, revisable y verificable, es de vital importancia. El conocimiento de la realidad es una exigencia innegable y, por tanto, necesaria. Hay que saber dónde estamos para poder ser misioneros activos del Reino de Dios allí donde transcurre nuestra vida. Este saber no es algo acumulativo y pesado, sino que es un ejercicio de escucha y aprecio que tiende a hacernos coherentes con la fe que hemos recibido en la Iglesia y nos invita a ello, para ser testigos responsables y proféticos de la novedad del Amor que Dios nos ofrece.

3. La pregunta planteada previamente a la asamblea diocesana intentaba generar un debate: «¿Cuál crees que debe ser la prioridad pastoral de nuestra diócesis?» y, obviamente, «¿Por qué?». La participación fue el primer regalo, así como la alegría compartida. Había que responder y concretar, de manera coherente, el desarrollo de las intuiciones ofrecidas, tanto en la ciudad como en los pueblos. Las preguntas pretendían hacer pensar y no reducirlo todo a una única solución. Nos hemos referido a nuestra diferencia, pero debemos recordar también la procedencia compartida de la fe desde el día de nuestro bautismo. Es el mismo Espíritu Santo quien nos acompaña, nos rejuvenece y nos guía siempre por caminos de paz, hacia el encuentro con el Señor.

Estas cuestiones, abiertas y presentadas en la asamblea, venían estructuradas en cuatro apartados, procedentes de la asamblea anterior (del año 2025), momento de mi llegada entre vosotros. Estos ámbitos abordaban cuatro aspectos sustanciales para nuestra diócesis, a saber: la necesidad del acompañamiento; el cuidado de la vida interior, es decir, la espiritualidad; en tercer lugar, la irrenunciable necesidad de la formación; y, por último, la organización diocesana como una comunidad de vida nueva. Es importante no perder el hilo de dónde venimos, pero, al mismo tiempo, entender que todo aquello que vamos subrayando y que ahora también ofrecemos en estas líneas de nuestro plan pastoral no deja de ser una glosa de nuestra hoja de ruta cotidiana: el Evangelio.

La Palabra de Dios debe ser leída, conocida, escuchada, compartida, rezada y, sobre todo, difundida con una voluntad misionera respetuosa hacia todos, pero también con la fe de aquellos que quieren vivirla. El texto sagrado es nuestra hoja de ruta imprescindible, que nos orienta y nos ayuda a permanecer con los ojos y los oídos bien abiertos para descubrir el paso de Dios por nuestras vidas. Con todo, nosotros no somos la religión del libro, sino que, junto a las Sagradas Escrituras, percibimos la importancia de Jesús, una persona de carne y hueso que,

como hombre, pero obviamente también como Hijo Único del Dios Vivo, nos da su Espíritu Santo para proseguir con entusiasmo nuestro camino de regreso al Padre.

4. En sintonía con el momento actual que vive la Iglesia universal, nuestra asamblea diocesana ha sido un pequeño eco de sinodalidad. El sínodo que convocó el papa Francisco y que León XIV continúa nos sitúa en un claro contexto misionero. Todos somos misión y todos nos descubrimos como misioneros. La Iglesia es, por su propia naturaleza, una realidad misionera, es decir, una propuesta de vida que sale de sí misma para proponer con valentía y dulzura, con alegría y esperanza, que Jesucristo es el Señor resucitado, el Hijo de Dios que ha dado su vida por nosotros y nos ha redimido. Nos alegramos, pues, de vivir en este preciso momento de la historia. Es el nuestro. No queremos ser de aquellos que, llamándonos cristianos, nos escondemos, nos encerramos en nuestros miedos o bien pasamos de puntillas por este mundo que anhelamos más justo, más fraterno y más solidario. Tampoco queremos ir apresuradamente por los caminos de esta vida, sin saborear ni acoger el misterio del Amor de Dios, que es al mismo tiempo gozo y lucha, luz y tiniebla, gloria y dolor.

Toda la vida de Jesús nos invita a la sinodalidad. Esta invitación nos llega por las palabras y los gestos de Jesús con los más necesitados, pero también por el diálogo y la oración con Dios, su Padre: oración de petición, de alabanza y de agradecimiento (cf. Mt 11,25). Y es que toda la vida de Jesús es una expresión de cercanía, de hacer camino junto a los suyos, de acercarse cada vez más a Dios a través de los pobres y de los amigos. Y toda la propuesta sinodal es una verdadera invitación a la conversión, es decir, a situar a Jesús en el centro de la propia vida, a situar a Dios como origen y destino de nuestra existencia.

Esta conversión, difícil para todos, individual y eclesialmente, no es ni puede ser eludida. Situar a Jesucristo en el centro de nuestra vida, de

nuestro obispado, de nuestra comunidad parroquial y de nuestra familia es una urgencia y una tarea que siempre debemos llevar a cabo.

Las raíces

5. No lo olvidemos: somos levadura en la masa. Este curso pasado, el primero para mí, ha sido intenso y todos podemos afirmar que hemos vivido momentos de Dios como Iglesia diocesana. Estos acontecimientos eran ya también una realidad evidente mucho antes de mi presencia entre vosotros: situaciones de alegría, de gozo, de oración, de reflexión, de decepción y también de resistencia. Un mosaico maravilloso ante nosotros. No queremos —no quiero—, pues, detener nuestra marcha. Dios nos invita a seguir nuestro camino y Él quiere que continuemos caminando, porque Él llega a cada uno de nosotros por caminos diversos.

Cuando caminamos nos damos cuenta de que no hay ninguna historia de salvación idéntica. Todos tenemos nuestra propia historia, porque Dios ama de una manera única, irrepetible. Así, somos capaces de afirmar que Dios empieza a encontrarse con nosotros de maneras muy sencillas y muy humildes. Dios llega a nuestra vida «a través de nuestros pies», es decir, de nuestra vida cotidiana, en aquellos momentos y situaciones en los que el cansancio es una realidad evidente, en aquellas heridas que vamos acumulando, en aquellas espinas que nos detienen, pero también a través de las huellas de tantas y tantas personas que han caminado con esperanza a nuestro lado. Siempre somos encontrados por la mano providente de Dios, que viene a nuestro rescate. Demos gracias a Dios por su interés por nosotros, por su presencia, por su cercanía.

Somos, en definitiva, el pueblo santo de Dios que camina a lo largo de la historia en un lugar concreto, único, maravilloso: nuestro bisbat de Lleida. No queremos ser de aquellos que idealizan nuestro entorno, pero sí de aquellos que aprecian la huella de Dios en la creación y en la historia.

Una diócesis como la nuestra, que ha tenido capítulos de dolor y de esplendor, de heridas profundas y de alegrías compartidas; un territorio que tiene sus propias complejidades humanas, algunas muy contemporáneas y otras procedentes de herencias del pasado: estos son los elementos propios que se van configurando como escenarios eclesiales diversos y, por tanto, como situaciones que reclaman un cuidadoso discernimiento. Así es. Hablamos de una gran diversidad humana. Conocer y reconocer esta pluralidad nos invita a querer amarla, tal como Dios hace, con paciencia, con realismo, con ternura, con misericordia. Quien conoce es aquel que es capaz de reconocer la presencia de Dios y, así, llegar a amar de verdad.

6. Estimados diocesanos de Lleida, reconozcamos, pues, el gozo de vivir y, aún más, la alegría de vivir acompañados por el Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Dios es Alguien que ama y, por tanto, Alguien que nunca nos abandonará. Dios no se contradice; Él se mantiene fiel. Si su Hijo nos prometió que estaría con nosotros día tras día hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20), que cada vez que dos o tres se reunieran en su nombre Él estaría en medio de ellos (cf. Mt 18,20), o bien que cada vez que acogiéramos al pobre, al enfermo o al extranjero lo acogeríamos a Él (cf. Mt 25,31-46), significa que contamos con su presencia, su cercanía y su complicidad con nuestras pequeñas historias.

Él, que es Amor, y solo Él, puede sanar nuestras heridas, especialmente aquellas que nos han alejado de los hermanos más necesitados. Dios conoce nuestras debilidades, nuestros dolores, en especial aquellos que nos han distanciado de quienes deberíamos reconocer como hermanos en Cristo Jesús. Los elementos causantes de estas heridas personales y sociales podemos sintetizarlos, tristemente, mediante el concepto de la violencia. El mundo ha atravesado muchos capítulos llenos de expresiones violentas. ¡Basta! El desorden que representa cualquier manifestación de violencia, por mínima que sea, no es el camino para

encontrarnos con Dios. Nos referimos a cualquier tipo de acción hiriente, ya sea física, psicológica, verbal o también espiritual. Las manifestaciones humanas que crean una tensión injustificada nos alejan de nuestros hermanos y nos distancian de Dios, que es Amor.

Con este plan pastoral me remito a un deseo que he podido percibir en diversos lugares de nuestro obispado, a saber: queremos ser levadura de alegría, de comunión y de fraternidad. «Mirad cómo se aman» (cf. Jn 13,34-35). Este es el testimonio que queremos vivir y ofrecer. Queremos que este humilde proyecto pastoral nos permita redescubrir el valor y la necesidad de la cercanía y, por tanto, del acompañamiento.

Que nada ni nadie nos robe este sueño: el acompañamiento como camino de vida, como camino eclesial, como camino que nos ayudará a crecer como sociedad renovada. Las actitudes de cerrazón, de sospecha desconfiada y de juicios precipitados queremos superarlas por completo y para siempre. Hay que escuchar a Dios y a los hermanos para poder amar y amarnos, para poder acompañar y acompañarnos.

7. Solo desde el Amor podremos acompañarnos y, así, responder a aquello que Dios quiere de nosotros y para nosotros. El acompañamiento es una verdadera actitud evangélica que queremos rescatar del baúl de los buenos propósitos y hacerla presente en nuestras relaciones pastorales. Todos necesitamos acompañamiento, desde el primero hasta el último de los incorporados a la familia de los resucitados.

La soledad real, aquella que no es escogida, y el pensamiento habitual de aquel «yo solo saldré adelante» son algo muy propio de nuestro tiempo y de planteamientos de vida muy marcados por las heridas de la propia historia contemporánea. Alejémonos, por favor, de este parecer y abracemos nuestra vida, llamada a ser acompañada y a mostrarnos como caminantes que avanzan junto a otros hombres y mujeres de nuestro mundo. Hemos sido creados para la vida, para la vida

compartida. Somos seres sociales. Queremos acercarnos con sinceridad y respeto a todas las personas.

Un estilo de vida cercano a la humanidad será el buen reflejo de aquello que vivimos como creyentes, porque Dios nos tiene muy cerca de su corazón y no queremos ignorar este hecho. Dios vino a nuestra historia y se acercó a nosotros a través de su Hijo Jesucristo, y es así como también nosotros queremos, con la mejor de las intenciones, acercarnos a la humanidad que peregrina en la diócesis de Lleida.

8. El acompañamiento no solo reclama entusiasmo y fuerza para llevarlo a cabo, sino también realismo. Es decir, hay que acompañar y dejarse acompañar, porque todos lo necesitamos, pero también todos tenemos la capacidad de no hacerlo evidente en nuestra historia de salvación.

El mundo de las relaciones humanas es siempre apasionante y complejo. En este ámbito de la vida no todo depende de una sola persona, del mismo modo que una familia, una parroquia o un obispado no pueden vivir dependiendo de una sola persona. Todos necesitamos aprender a encontrar la buena armonía que subsiste misteriosamente en la humanidad y, así, dejarnos acompañar por aquellos que tenemos más cerca. No se trata de hacer ningún gran discurso teórico, sino de percibir por la experiencia la importancia de las palabras y los gestos. Cada instante, cada encuentro, cada momento de la vida nos exige una lectura rápida de las intenciones y de las necesidades, también de las oportunidades y las disponibilidades. Pidamos con fuerza el gozo de la compañía, pero también del respeto para saber encontrar el ritmo y las cadencias más oportunas para hacerlo realidad.

Nos sentimos invitados a pensar en todos y cada uno de quienes formamos nuestro obispado de Lleida, hombres y mujeres de toda condición, de toda procedencia. Seamos conscientes, con mucha ternura, de los más pequeños, de los más frágiles, de los más

marginados, pero también de los más curtidos por tantas luchas y situaciones vitales que reclaman habilidades y resistencias diversas y también, cómo no, de los más ancianos, los más hábiles para vivir y compartir la alegría de la fe. ¡Pensemos en todos! Qué gozo y qué alegría vivir en la distancia justa, sin crear la sensación de dispersión, pero tampoco de ahogo.

Somos y queremos ser los amigos de Jesús, aquellos que se respetan y aquellos que se acompañan. También podemos decirlo de otra manera, siguiendo a san Pablo: somos el cuerpo de Cristo. Diferentes, pero unidos por el Amor. Este será el don de la comunión que podremos ofrecer como Iglesia diocesana a la Iglesia universal.

El tronco

9. ¿Cómo aglutinar la riqueza pastoral de nuestro obispado en un proyecto con sentido, óptimo para todos? ¿Cómo redescubrir en nuestro territorio la importancia de todos los bautizados? ¿Cómo redistribuir las fuerzas en un proyecto pastoral vertebrado en la corresponsabilidad? ¿Cómo seguir siendo Iglesia pascual, aquí? ¿De qué manera podemos, desde la diferencia, seguir expresando nuestra fidelidad a Cristo? ¿Cuál podría ser la mejor respuesta evangelizadora, en nuestro territorio, que generase una verdadera vivencia de la comunión con Dios y con la humanidad? ¿Cómo llegar a ser, día tras día, Iglesia guiada por el Espíritu Santo?

El hecho de acompañarnos unos a otros y, sobre todo, de dejarnos acompañar por Dios no es fruto de una decisión teórica o de un recetario de prácticas espirituales adecuadas. Nuestro caminar diocesano nos ha indicado, con claridad, la necesidad de dar prioridad al acompañamiento como eje vertebrador de nuestro plan pastoral. No podemos crecer como Iglesia diocesana si no asumimos el reto de la cercanía, si no entendemos que la misión, hoy, nos pide fomentar la atención a las personas de nuestras comunidades, principalmente, pero también de tantas y tantas otras realidades (escuelas, centros penitenciarios, empresas, sindicatos, hospitales, residencias, casas de acogida, proyectos de solidaridad...). Esto se hace extensivo tanto al mundo urbano como al mundo rural.

Este acompañamiento no es ningún tipo de propuesta accidental, sino la concreción deliberada de un trabajo diocesano sereno y serio.

10. Nos referimos a un proyecto compartido y que, tradicionalmente, desde el Concilio Vaticano II, se ha denominado Acción Católica.

Los laicos son quienes también han recibido el Espíritu Santo, con el cual se convierten en testigos valiosos y capaces para la misión. Nuestro plan pastoral debe facilitar que todos redescubran el valor del bautismo

recibido. Todos los bautizados son corresponsables de la misión, pero no todos en el mismo lugar. Las responsabilidades son diversas, como lo son también las actividades y las asociaciones que, conjuntamente con la jerarquía, hacen camino en un mismo territorio: la Iglesia diocesana de Lleida.

Es de vital importancia subrayar, hoy más que nunca, pero también como siempre, la importancia de hacer camino. La vida cristiana es un proceso. Hay que iniciar procesos. Todo proceso comienza, obviamente, por un impacto. La Acción Católica es impacto y proceso, con el deseo de que la colaboración de los laicos y el apostolado de la jerarquía sean una realidad vivida con sencillez, naturalidad y un profundo sentido evangelizador.

11. La Acción Católica debe ser el eje vertebrador de todas nuestras actividades evangelizadoras. Es de este modo como queremos que la Iglesia, formada por todos los bautizados, sea de verdad el sacramento verdadero de la comunión que Dios quiere regalarnos. Habrá que insistir, y mucho, en este sentido profundo de conversión, como fruto del Espíritu. Esta manera renovada de llegar a ser cristianos creyentes situará siempre a Jesucristo en el centro de la propia historia, no divorciará nunca la fe de la vida ni perderá la sensibilidad cristiana ante las dificultades del momento presente.

Somos la Iglesia del Espíritu de Dios, un espíritu de verdad. Y, por tanto, somos la Iglesia que nunca olvida todo aquello que Jesús nos enseñó con su palabra y su vida, pero que, al mismo tiempo, nos introduce en el misterio del hombre, de la historia y del mundo a través del viento suave que nace de la Palabra de Dios y genera en nosotros la melodía de la oración y del diálogo con Dios, con los hermanos y con uno mismo.

Somos la Iglesia del Espíritu de Dios, un espíritu de fortaleza. Y es así como recibimos de Él el ingenio, la paciencia y la habilidad para

comunicar la alegría que recibimos de Jesús, pero también la misericordia que acogemos de Dios. Nuestra fe no es un tesoro que debamos esconder; al contrario, debemos compartirla y, así, subrayar en voz alta que todo aquello que vivimos es don y gracia del buen Dios.

Somos la Iglesia del Espíritu de Dios, un espíritu de Amor. Y, desde el Amor, seremos capaces de percibir que nuestra vida es un hermoso regalo que debemos poder ofrecer como una parábola de servicio, especialmente para los más necesitados, los más desamparados, los más desvalidos y los más pequeños.

12. Con el obispo al frente, sin menospreciar nunca ninguna de las propuestas evangelizadoras ya presentes en el territorio, pero centrando el plan pastoral en la Acción Católica, todos los fieles bautizados están llamados a fortalecer su vida diocesana a través de un proceso compartido.

La importancia de las parroquias, con sus consejos de economía y consejos parroquiales, es vital. Nadie puede permitirse el lujo de ir solo ni de ir hacia cualquier lugar. Cuando los discípulos de Emaús huían de Jerusalén, iban hacia un no-lugar. La propuesta de la Acción Católica se dirige a Jerusalén, es decir, tiende a la comunión y, por tanto, al encuentro con Dios. Necesitamos creer de nuevo y mantenernos fervientes en la dimensión parroquial de nuestra fe.

Quisiera hacer una mención muy relevante de los recién llegados. No hay cristianos de primera ni cristianos de segunda. Vengamos de donde vengamos, todos los que hemos recibido el mismo Espíritu Santo somos hermanos. Muchos hermanos nuestros proceden de otros países, culturas y contextos vitales distintos de los nuestros; con todo, nuestro plan pastoral debe ser muy cuidadoso para crecer en una sensibilidad diocesana madura, arraigada en el don de la fe recibido el día de nuestro bautismo.

13. Quisiera subrayar la importancia de las comunidades parroquiales. El hecho de «parroquializarnos» —neologismo forzado, pero comprensible— no significa que nos institucionalicemos más, sino que nos reencontremos más y mejor en un proyecto compartido, una propuesta pastoral, la Acción Católica, que nos pide a todos realizar un proceso de conversión y de adhesión de corazón a nuestro obispado de Lleida, con sus luces y sus sombras.

La vida comunitaria es vida católica. Nosotros aspiramos a ser verdaderamente «católicos» no solo por la universalidad con la que vivimos la fe, sino también por la plenitud que poseemos. En este camino de conversión, la comunidad nos es del todo necesaria.

Cada parroquia es única. Hay elementos estructurales que se repiten, distribuidos en el ámbito del servicio (la caridad), la formación (el testimonio) y la liturgia (la vida de oración). Debemos poder reconocer en cada comunidad parroquial estos tres ámbitos clásicos, propios de la buena Tradición: la *diakonia*, la *martyria* y la *leitourgia*. Los tres, ligados y religados por el Amor.

14. La Acción Católica debe ayudarnos a entender que toda nuestra vida es misión. La evangelización de todas las realidades humanas es un hecho del todo incuestionable. Nadie queda excluido del proyecto amoroso de Dios, nuestro Padre. Él nos da todo lo que posee para que nosotros nos descubramos urgidos a repetir lo que Él hace.

Dar a conocer el Evangelio es tarea propia de cualquier bautizado; repito: de cualquiera. Tendremos que acompañar todas las realidades humanas presentes en nuestro territorio, sin rivalidades, con paciencia, con un sentido de corresponsabilidad sano y esperanzado.

La colaboración misionera, especialmente entre los laicos y los clérigos, es hoy, en nuestro territorio, una obviedad. Nuestras relaciones y nuestros vínculos no pueden generar anticuerpos pastorales, sino todo lo contrario. Todos estamos llamados a escucharnos y a sabernos

necesarios. La misión es apasionante y nadie puede quedar al margen de ella. Lo que excluimos son las actitudes, como hemos dicho, que generan violencia, del tipo que sea.

15. Otro elemento propio de la Acción Católica es que ella misma no considera a los laicos como realidades dispersas que actúan de manera aislada. En el centro de la vida eclesial late con fuerza la presencia del misterio eucarístico. Toda misión nace, se alimenta y retorna al misterio de la Eucaristía. Es desde la vivencia eucarística desde donde los laicos se reconocen como hermanos. La Acción Católica no es un plan o un diseño pastoral moderno, sino que encuentra toda su razón de ser en el corazón mismo de la Iglesia. Este corazón lo identificamos con la Eucaristía. Desde este punto central, la Eucaristía impulsa y concentra, late con un movimiento de expansión y de repliegue para que la vida cristiana sea una realidad en los lugares donde viven los laicos.

Todos nuestros pueblos, también nuestra ciudad y, a partir de aquí, todo nuestro territorio, con todas las realidades humanas que se identifican con el Evangelio, no pueden dejar la Eucaristía como un momento accidental. Al mismo tiempo, hay que recordar, como lo hacía el Concilio Vaticano II, que toda la Iglesia se expresa gracias a la Eucaristía, pero sabe desplegar toda su acción pastoral más allá del momento litúrgico. No podemos dejar nunca de considerar y velar por la dimensión del testimonio y del servicio, que, tal como hemos dicho, nace, se fortalece y retorna al momento celebrativo como un lugar central e imprescindible.

Las ramas

16. También debemos darnos cuenta del peso de la historia de nuestro obispado. Nos referimos a los capítulos más lejanos, pero también a los más cercanos, recordados con alegría y dolor. Han sido muchos los testigos que, en este pequeño lugar, han acogido las palabras de Jesús, su Evangelio, como palabras de vida. Damos gracias por ello. También somos capaces de agradecer aquellos acontecimientos más dolorosos, si han servido para aprender de ellos una lección positiva. De hecho, de cada momento de la vida podemos extraer una lección positiva: bien para agradecerlo, bien para ir más allá y no repetirlo si ha sido doloroso.

La historia no se puede condensar en pocas palabras. Los hechos vividos son relatados siempre de diversas maneras. Cada uno tiene su propia experiencia, su vocabulario y emite sus propios juicios.

Sin ser superficiales, ni por exceso ni por defecto, queremos hacer ahora memoria de los numerosísimos testigos que, habiéndonos precedido, han vivido el Evangelio hasta sus últimas consecuencias. Recordamos tantas y tantas generaciones, desde los momentos más serenos y esplendorosos hasta los momentos de persecución y martirio: hombres y mujeres que han acogido el Evangelio con una confianza radical. Esto nos impulsa y nos hace corresponsables, porque también nosotros, hoy, somos un eslabón más en esta sucesión generacional de la fe, esperando que el Señor regrese al final de los tiempos.

Con precisión y aprecio, ahora nos corresponde agradecer aquello que hemos recibido de quienes nos han precedido y, al mismo tiempo, asumir en nuestro presente un verdadero compromiso con nuestros contemporáneos para mostrar la presencia redentora de Aquel que nos ha amado, nos ama y nunca dejará de amarnos.

17. El componente histórico, obvio y necesario en todo planteamiento pastoral, no nos encasilla en una propuesta irreversible. El criterio frecuente del «siempre se ha hecho así» y del «debería hacerse así»

tiene sus peligros. Hoy estamos llamados al discernimiento eclesial, a la creatividad pastoral y a la consideración respetuosa de cada trayectoria de fe.

Esto nos lleva a nuevos escenarios, dentro de los cuales el hecho de vivir la fe comporta grandes retos que se miden y se verifican en los pequeños momentos de la vida. Seamos valientes a la hora de soñar y de acercarnos con todas nuestras fuerzas al Reino de Dios, sabiendo que es Él mismo, el Padre bueno, quien nos conducirá hasta él y que, de hecho, nos lleva en las palmas de sus manos. Dios cuida siempre de nosotros; nunca permitirá que caigamos en el precipicio del desánimo, de la rutina o del conformismo.

Dios nos acompaña y ama profundamente nuestra vida, especialmente nuestras pobreza personales, pero también las sociales (menores no acompañados, falta de vivienda digna, edadismo, falta de trabajo...). No puede ser de otro modo. Somos peregrinos, hombres y mujeres, Iglesia de Lleida que camina hacia el Padre. Todos somos importantes, lo hemos dicho numerosísimas veces, y por eso Dios nunca se avergüenza de ninguno de nosotros.

Nuestra vida de oración y, en concreto, la vivencia de los sacramentos no pretende sujetarnos a un acontecimiento remoto del pasado, sino ayudarnos a crecer y a avanzar por los caminos de la esperanza. Nuestros planteamientos pastorales no pueden reflejar ni el conformismo ni la rutina, como si nada hubiera cambiado. Necesitamos desear puntos de referencia y estabilidad, porque eso hace crecer en nosotros la paciencia de Dios.

18. Todo el recorrido que vivimos el curso pasado, al amparo de la sinodalidad, nos invita insistentemente a poner a Cristo en el centro de nuestra vida pastoral. Necesitamos entrar en el dinamismo de la conversión eclesial para vivir la fe con alegría, con esperanza, con la luz pascual de Cristo, que vino, viene y vendrá siempre a nuestro encuentro.

Abramos, pues, nuestro corazón, como lo hacen los más pequeños de nuestros hogares, con ilusión, con entusiasmo, con aquella fascinación de los sencillos. Seamos de aquellos que sueñan con una vivencia de la fe con serenidad, sin angustias. Que podamos, de nuevo, abandonar las inquietudes y las urgencias cotidianas para poder contemplar la presencia de Dios, discernir el camino más adecuado y participar con fuerza en las propuestas evangelizadoras que estamos llevando a cabo. Las prisas son malas consejeras.

Debemos seguir fortaleciendo nuestra fe para que la acción caritativa de la Iglesia no sea anecdótica. Debemos volver a conocer, meditar y saborear la Palabra de Dios en clave de comunidad diocesana.

No lo dudemos nunca: ¡Cristo, que vive en el corazón de cada creyente, quiere ser conocido, celebrado y vivido en comunidad! Nadie se ha dado la vida a sí mismo, nadie se salva solo. Hemos sido creados para vivir en comunidad, para compartir las alegrías y las adversidades de la vida. Es así como podremos descubrir de qué manera Cristo quiere vivir en nosotros. Debemos aprender de nuevo a ser comunidad.

19. La dimensión comunitaria de la fe no es una cuestión anecdótica. La fe tiene una clara tendencia eclesial, que nunca debe ahogar la libertad individual. La tensión entre lo personal y lo grupal siempre ha existido y así debe seguir existiendo. Nuestra credibilidad, sin embargo, radica en esta dimensión comunitaria y, por tanto, diocesana. Somos un solo equipo y nos corresponde a todos encontrar nuestro lugar; por tanto, o ganamos todos o perdemos todos. Con todo, no se trata de pensar la evangelización como un juego de vencedores y vencidos, sino como un estilo inclusivo, en el que cada vez más y mejor suscitamos los interrogantes necesarios para que nuestros contemporáneos se pongan en camino. ¿Nuestra vivencia de la fe genera interrogantes de esperanza?

Al mismo tiempo, nos corresponde ser grandes lectores de la realidad, pero no como quien juzga sin escrúpulos la trayectoria de la humanidad, sino como quienes leemos juntos la realidad social con los ojos misericordiosos de Dios.

Estimados diocesanos, debemos acortar cada vez más las distancias entre nosotros para que cada parroquia o conjunto de parroquias — unidades pastorales—, cada movimiento, cada creyente o, incluso, toda persona que está en búsqueda de sentido pueda responder a las preguntas: «¿Cómo quiere el Espíritu de Jesús vivir en nosotros?» y «¿Cómo quiere el Espíritu de Cristo vivir en mí?». Es necesario, pues, que encontremos maneras reales y humanas, aptas para todos, que nos reúnan para poder compartir la vida a la luz del Evangelio.

20. Pensad y recordad aquel momento de vuestra vida en el que Dios vino a vuestro encuentro. Como si se tratara de una punzada, el Espíritu de Dios generó en vosotros una búsqueda, un sentido de gratuidad, un gozo por vivir más allá de la realidad cotidiana. Aquel momento fue el inicio del aprendizaje de lo que significa creer. Sí, hermanos, somos aprendices de la confianza. Nos corresponde a todos aprender a ser oyentes de la Palabra, a acompañarnos mutuamente y a entrar, así, en la vivencia de las bienaventuranzas del Reino.

Toda nuestra vida personal y, obviamente, diocesana es un aprendizaje para poner a Cristo en el centro de nuestros criterios y de nuestros planteamientos. Este aprendizaje encuentra en la Acción Católica el camino formulado por la propia Iglesia. El camino está muy claro: que nadie camine solo y que, desde la dinámica metodológica del ver-juzgar-actuar —propia de los grupos de revisión de vida—, escuchemos al Espíritu que nos invita a actuar según los criterios de Jesús.

21. ¿Cómo podríamos crear núcleos comunitarios creyentes que puedan leer su vida en clave evangélica? ¿Cómo podemos dejar espacios para que los jóvenes y los adultos puedan vivir de manera madura su fe y

puedan leer e interpretar la propia vida a la luz de la Palabra de Dios? ¿Cómo dejamos espacio para que los creyentes dejen simplemente de «ir a misa» y puedan decir que viven activamente la vida desde la Eucaristía?

Jesús nos da su Espíritu para que habite en nuestro corazón y camine a nuestro lado. ¡Qué gran maravilla darse cuenta de que Dios permanece siempre presente en nuestra vida, de manera discreta, humilde y servicial! Nuestro plan pastoral no puede ser una sucesión de frases hechas, sino la toma de conciencia de que Dios quiere vivir en nuestro corazón y en el corazón de nuestras comunidades. ¿Cómo dejamos espacio para acoger su Palabra? ¿Cómo leemos la realidad con sus ojos? ¿Cómo traducimos en formas de servicio y disponibilidad aquello que Él nos dice?

Hoy, más que nunca, glosando los evangelios, no podemos caer en la trampa de excluir a nadie ni en la de pensar que solos caminamos mejor. Todos somos importantes y, por eso, entre todos debemos encontrar maneras de volver a ser, volver a vivir y volver a actuar según la forma comunitaria que Jesús nos invita a hacer nuestra.

Se trata de que nuestra vida tenga sabor a Evangelio y, por tanto, a Jesús, es decir, a Eucaristía, a pan partido y repartido. Insistimos: todos los creyentes —catequistas, voluntarios, presbíteros, animadores y animadoras...—, todos los bautizados, debemos encontrar caminos para favorecer el hecho comunitario. Somos, también hay que decirlo, un signo contracultural, porque hoy todo está alrededor del propio «yo» y se olvida claramente del «nosotros». Recuperar la sintonía del perdón es urgente, porque hoy nadie quiere oír hablar del Amor en favor de quienes son diferentes. Nos preocupa especialmente la influencia que tienen sobre las nuevas generaciones, pero también sobre todos nosotros, las redes sociales, que nos hacen participar de una superficialidad vital que favorece, tristemente, el anonimato como forma válida de relación.

Los frutos

22. No queremos ser espectadores de la vida, sino actores o, mejor dicho, coactores y, por tanto, queremos favorecer la reducción de ruidos e imprecisiones para ayudarnos a evitar las distracciones y centrarnos en la misión que Jesús nos propone. El camino para acercarnos más a nuestro centro, allí donde Dios nos espera, tiene mucho que ver con el hecho de constituir grupos de revisión de vida y hacer que estos sean el lugar natural para aprender de nuevo a escuchar la Palabra de Dios, a discernir los signos de los tiempos, a descubrir eclesialmente cómo debe ser nuestra manera de vivir y nuestro compromiso por la justicia social, y a celebrar la vida alrededor de la mesa de la Eucaristía.

Será importante que, entre todas y todos, podamos ofrecer espacios y dinámicas de retiros, una escuela de oración, el estudio renovado del Nuevo Testamento, la participación en charlas, unas celebraciones más participativas e iniciativas que nos hagan solidarios con la pobreza humana.

Así pues, desde la centralidad de la Acción Católica para nuestro obispado de Lleida, nos invitamos a seguir nuestro camino a partir de unas acciones verificables muy concretas, que tienen su origen en la propia propuesta de Jesús: desear vivir como Jesucristo vivió y proclamar su mensaje liberador, que nos hace vivir la vida con alegría y sentido.

23. Si hemos destacado de manera clara que el acompañamiento es y debe ser la clave de bóveda que nos haga comprender nuestro plan pastoral, debemos proseguir explicando que la vida cristiana debe ser siempre una vida acompañada. Todos necesitamos encontrar y generar buenos referentes en el propio territorio para vivir según quiere el Espíritu de Dios. Nos referimos a referentes formativos, espirituales, caritativos y testimoniales. Todos ellos deben poder acercarnos la bondad de Aquel que es absolutamente bueno: Dios, nuestro Padre.

Por lo que respecta a los referentes formativos, que nos encaminarán hacia la verdad, debemos ser humildes para aceptar que nunca estamos formados del todo y, por tanto, que todos necesitamos seguir

favoreciendo los espacios de formación permanente. Nuestra diócesis dispone de un centro cualificado y reconocido que debe continuar siendo el espacio de investigación, de diálogo y de encuentro con el mundo contemporáneo. El obispado propondrá charlas para crecer en el pensamiento en cada uno de los tiempos litúrgicos, con el fin de plantear interrogantes actuales que ayuden a una reflexión serena y esperanzada sobre la fe. Al mismo tiempo, nuestro plan pastoral no quiere descuidar de ningún modo los centros educativos cristianos y es por ello que, junto con estos centros y con la Delegación de Juventud, iniciaremos retiros para jóvenes de la ESO, acompañados por los referentes de pastoral de sus propios centros, para que la Acción Católica sea un verdadero estilo para toda la diócesis.

Por lo que respecta a los referentes espirituales, en estrecha relación con lo que llamamos vida interior y que nos llevarán hacia el reconocimiento de la belleza del Amor, es decir, de Dios, nuestro Padre, el plan pastoral propone poner en marcha la escuela de oración, el último miércoles de cada mes, en nuestra iglesia catedral. Al mismo tiempo, y en relación con las delegaciones de Familia i Vida, Juventud y Vocaciones, el obispado invitará a retiros de iniciación y de profundización bíblica una vez al mes.

Por lo que respecta a los referentes caritativos, y en estrecha relación con la dimensión de la acción social, tendremos que potenciar y favorecer, de manera conjunta entre las diferentes entidades y propuestas, la existencia de un observatorio que ayude a detectar las pobreza más agudas y las nuevas pobreza, pero también a tomar conciencia de la necesidad de acompañar a todo el voluntariado implicado. Nuestros proyectos de acompañamiento a los necesitados, a los inmigrantes, a las personas sin papeles, a los refugiados, a los enfermos de los hospitales y de los centros de salud mental y a los internos de los centros penitenciarios necesitan una regeneración en el ámbito del voluntariado y deben proseguir su camino. El obispado, pues, favorecerá el acompañamiento y la propuesta concreta de velar por la figura del voluntario, para que esta figura no sea escasa, pero

también para que nuestro estilo diocesano, enmarcado en la Acción Católica, vele favorablemente por una acción en la que la gratuidad se convierta en un rasgo propio de nuestro obispado.

Finalmente, por lo que respecta a los referentes territoriales, nos emplazamos a realizar un trabajo más profundo sobre la distribución y el planteamiento de la organización territorial diocesana. Los presbíteros, conjuntamente con sus consejos parroquiales o equipos de referencia locales, deberán comenzar un estudio humilde, paciente y coherente con el estilo sinodal, con el fin de efectuar una planificación óptima del camino misionero que nos corresponde vivir en nuestro obispado.

24. Estas líneas del plan pastoral que hoy nos ofrecemos nos invitan a continuar caminando con alegría. Como Iglesia diocesana de Lleida, necesitamos seguir creciendo en aquella sensibilidad diocesana que pueda acoger todos los carismas que el Señor quiera ofrecernos, convirtiéndonos en testigos de una misión de paz hacia todos. El acompañamiento que queremos recuperar en nuestros planteamientos pastorales, sobre todo el de Dios hacia nosotros, pasa por el crecimiento de nuestra madurez eclesial. Nos invitamos a hacer que esta madurez sea una realidad. Que nuestras actitudes, nuestras palabras y nuestros gestos se conviertan en expresión del coraje que proviene de la fe. No queremos vivir encerrados; al contrario, queremos que, desde la Acción Católica, el primer anuncio de la fe, la corresponsabilidad en los ministerios y los planteamientos a corto, medio y largo plazo expresen la voluntad y el regalo que Dios quiere hacernos: el de un gran proceso de conversión y, por tanto, de una plasmación del Reino de Dios en nuestra vida cotidiana.

Que todas las parroquias, todas las entidades y todas las personas que buscan a Jesús sean portadoras de concreciones reales que permitan iniciar y acompañar procesos de encuentro y de crecimiento. Que los presbíteros procuren vivir la fe con los laicos, en el contexto de unas relaciones inspiradas por las bienaventuranzas. Que los fieles asuman sus propias responsabilidades gracias al don del Espíritu recibido el día

de su bautismo. Que los religiosos y las religiosas sean los profetas de estos nuevos tiempos que vivimos, apuntando siempre a la esperanza que es Jesucristo mismo. Que los matrimonios vivan su vocación de fidelidad y amor ante sus más cercanos y ante toda la sociedad. Que los jóvenes y los niños sean escuchados, acompañados y estimulados a soñar con Jesús una nueva manera de vivir. Que el obispo no se distraiga de la misión encomendada, que escuche, rece y camine al lado de todos, sobre todo de los más necesitados.

Pido, finalmente, que este plan pastoral, escrito de la manera más sencilla posible, no detenga ningún proyecto pastoral; al contrario, que todos sigan buscando al Señor en su propia vida y en su comunidad parroquial, pero que lo hagan, ahora sí, con una mayor conciencia diocesana, que queremos vivir a través de la Acción Católica. Este referente debe permitirnos ser la Iglesia de Lleida que Dios quiere que seamos. Que vuestra vida cristiana, fundamentada en el misterio de la Eucaristía, sea un movimiento constante de espiritualidad profunda, de formación agradecida y de opciones de servicio generosas.

25. Prosigamos, pues, nuestro camino en esta diócesis de Lleida, con el gozo y la esperanza en nuestro corazón. Que el año jubilar franciscano en el que nos encontramos nos impulse a todos a seguir nuestro camino como Iglesia diocesana. Que san Francisco, el Pobrecillo, pero también todos los santos y santas de Dios, nos conforten y nos acompañen a lo largo de este camino para que, a partir de nuestra pobreza, asumamos el don de la humildad y, gracias a nuestra pequeñez, reconozcamos el don de una confianza serena y firme que nos acercará más a Dios y a los hermanos.

Daniel Palau

Obispo de Lleida

19 de agosto de 2026

